

mos dejar de hacer una crítica a Villoro: ¿A qué buscar insistente justificación, en lo "actual", de un trabajo que muestra fundamentalmente su valía en ser uno de esos pocos excelentes comentarios a los clásicos? El prurito lleva a utilizar métodos y principios propios de la filosofía analítica contemporánea, que no por novedosos en nuestro medio van a dar "actualidad", sólo por ellos mismos, a los problemas

a que se apliquen. Pensamos que en el caso que nos ocupa, resultan algo más que extraños, al suponer una filosofía que arrastra consigo toda una serie de problemas que vienen a ocultar, o cuando menos a violentar, el auténtico ámbito cartesiano. Esto pudo parecernos lo único que le impedía ser al libro un todo en sí completo y acabado.

ROBERTO CASO BERCHT

REVOLUCIÓN SIN ÉPICA

LUISA JOSEFINA HERNÁNDEZ: *La primera batalla*. Ediciones Era, México, 1965.

Era casi un imperativo: a una Revolución había que cantarle en tono épico. El ecuatoriano Olmedo, poeta de tono menor cuando se ocupó de temas íntimos, alzó la voz tonante cuando lo inspiraron Junín y Ayacucho, y con ese do de pecho admirablemente sostenido entró en la inmortalidad de la mano del tema heroico. Mijail Shólojov vivió la epopeya de la Revolución Rusa, la trasladó a las páginas de una serie de novelas caudalosas y desgarradoras, y la Academia Sueca —¿se concibe algo más ajeno al bolchevismo?— acaba de consagrarlo con el galardón del Nobel. Pero precisamente cuando las revoluciones dejaron de ser acontecimiento extraordinario para convertirse en noticia nuestra de cada día —China, Indonesia, Cuba, Argelia, Vietnam— los literatos empezaron a desconfiar de la eficacia de la epopeya para expresar la turbulencia ininterrumpida de toda una época. La Revolución Cubana, tan colmada de *pathos* heroico, no produce aún su literatura épica. ¿Derrota de la exuberancia expresiva de los hijos del trópico frente al severo rigor intelectual del marxismo? Sea como fuere, el hecho está a la vista: el propio poeta nacional de la Isla miliciana, Nicolás Guillén, declaró no hace mucho que, convertido en realidad el sueño revolucionario de toda su vida, su poesía habrá de remansarse ahora en temas más cercanos a su corazón de hombre enamorado y tierno. Para los novelistas cubanos, por otra parte, la Revolución ha representado, en primer término, la oportunidad de empezar a saldar cuentas con el pasado oprobioso que empezó en 1902 con la República mediatizada y terminó

el último día de 1958 con el derumbe de la "dictablanda" corruptora que el asalto al Moncada convirtió en dictadura desalmada y genocida.

Una de las primeras novelas que ofrece una visión solidaria de la realidad cubana tras el triunfo de la revolución, es ésta que publica ahora la mexicana Luisa Josefina Hernández. *La primera batalla* trenza en sus 140 páginas, por medio de capítulos alternos, la historia de unos personajes que viven precariamente la experiencia revolucionaria mexicana en una de las zonas marginadas del país, y una serie de impresiones, a cual más sagaz penetrante y vívida, de la existencia cotidiana en la joven república socialista del Caribe. En cierto sentido, ambos elementos estructurales de la novela constituyen un contrapunto intencionado que no incurre por un solo momento, sin embargo, en la inútil obviedad, de las conclusiones explícitas. La voluntaria renuncia al tono épico en favor de un lirismo de buena ley, cargado de implicaciones dramáticas para tratar un tema fundamentalmente político, resulta en este caso un verdadero acierto: el indudable compromiso de la autora con una causa justa ha servido, a diferencia de lo que sucede tantas veces, para realzar los méritos intrínsecos de la obra de arte. Hacia falta mucha sabiduría artística y humana para llegar a la entraña de realidades tan diversas y análogas a un tiempo, y Luisa Josefina Hernández ha demostrado poseerla en grado suficiente: *La primera batalla* es una novela que convence.

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ

HEGEL Y LA IDENTIDAD ABSOLUTA

HERMANN GLOCKNER. *El Concepto en la Filosofía Hegeliana*. Publicaciones del Centro de Estudios Filosóficos, UNAM, México, 1965, 120 pp.

No es un interés histórico lo que dirige la exposición de Glockner en este libro. Se maneja el pensamiento de Hegel sólo como un material para destilar los elementos que deban servir a la formulación de una filosofía propia. La exposición es de carácter sistemático. El centro de las preocupaciones del autor es el problema de las rela-

ciones entre lo racional y lo irracional en las esferas de la estética y de la religión. A pesar de que la exposición no tiene una intención histórica, Glockner se propone hacer justicia a la filosofía de Hegel y, al mismo tiempo, ofrecer unos prolegómenos a toda filosofía que pretenda "acercarse, mediante conceptos, a lo irracional"

(pp. 7 y 11). Al tomar este hilo conductor en su exposición, procede, para entender a Hegel, a presentar las grandes conexiones y modificaciones históricas que manifiesta el concepto de "concepto" de Aristóteles a Kant, de Kant a Fichte y Schelling, de Schelling a Hegel.

Glockner observa acertadamente cómo para Aristóteles el concepto de "concepto" es a veces teoría formal de la definición, representación del objeto "en cuanto a su determinación pensada", otras veces una sustancia, "un objeto dentro del mundo" que poseemos cuando conocemos algo. Sin embargo, el problema es que, paradójicamente, se haya tenido por "pensamiento aplicado" (metafísico) el saber de la "cosa" mediante su "definición", es decir, mediante un "saber acerca del pensamiento mismo" o acerca de la forma en que se manifiesta la actividad pensante (pp. 23-28). La lógica aplicada de Aristóteles no supera los límites del formalismo: el objeto se resiste a ingresar al círculo del concepto.

Kant, que se propuso quebrantar estas limitaciones en la lógica trascendental, entendió por concepto una unidad de varias representaciones que se deja tratar como "juicio". Pero Glockner subraya que si el juicio juzga algo, no puede separarse del residuo fenomenal que ha de comprenderse objetivamente. Junto a lo que puede conocerse de este modo, Kant produjo la "infeliz doctrina" de algo que no puede ser conocido más allá de esa comprensión objetiva: "la cosa en sí", que vuelve a escapar del círculo objetivo del pensar (pp. 34-39).

Éste fue el estigma de la teoría kantiana del concepto que pretendieron eliminar Fichte y Schelling: tampoco pudo reducirse a concepto lo "absolutamente distinto" del pensamiento, lo "heterológico", "la tragedia del objeto". En Fichte el concepto ya era una tarea infinita y una decisión práctica: el yo que se autoafirma "simultáneamente con el no-yo" siempre afirma un residuo inalcanzable. "¡Tanto yo, tanto no-yo; tanta solución, tanta tarea!" (p. 44). Para Schelling el saber acaba por tomar el tono sombrío de lo irracional; el concepto, que aquí se transforma en una "intuición general", a-tórica, del infinito de la naturaleza,

constituye una de las posturas más resonantes del pensamiento metódico (pp. 57-60).

Sobre estos antecedentes la exposición de Glockner recorre, en tres etapas, la metamorfosis del concepto en la filosofía de Hegel, el filósofo que triunfó sobre el romanticismo incorporando las esferas irracionales en una estructura "científico-sistemática". Es una exposición breve y esmerada a la vez, que intenta señalar "lo secreto", como podría decirse, en la filosofía hegeliana.

Como elemento lógico el concepto en Hegel es una estructura concreta cuya forma se identifica con su contenido. Es la sustancia "A" afirmada conscientemente: "A = A" que es conciencia de sí misma. El concepto es concreto, pero subjetivamente afirmado: la identidad de concepto y cosa como conciencia de sí misma, individualizado y determinado en sí por la obra "atomizante" del intelecto (pp. 71-75).

El concepto como *idea supra-lógica* surge ahí donde la función determinativa del intelecto, al mismo tiempo que fija "A = A" como perfección "cerrada en sí misma", co-determina "no-A" en la medida en que reconoce que "A" no está "totalmente" determinada en su objetividad. La idea es el concepto y la verdad como "totalidad objetiva". Ver esta totalidad es tarea de la razón. Pero "no-A" se vincula a la tragedia del objeto: se opone a "A" como una tarea de la razón no realizada conclusivamente por ésta (pp. 78-82).

El *espíritu*, o la raíz metafísica del concepto supra-lógico, representa la fuerza penetrante que pone la identidad de "A" y "no-A" en un "proceso" o devenir eterno, donde el cisma dialéctico de la idea acaba por aquietarse, donde las oposiciones se neutralizan. Es la identidad absoluta, el concepto absoluto, pero una identidad y un concepto absolutos "cargados" de negatividad y, por eso mismo, la fuente de todos los desarrollos y movimientos posibles. El concepto absoluto de Hegel lleva en sí mismo todavía, como una célula, el principio heterológico (pp. 83-87).

En las consideraciones finales Glockner se aplica a relacionar el concepto como "idea" y el concepto como "espíritu" a fórmulas estéticas y religiosas.

WONFILIO TREJO

UN LIRISMO DE LA INTRASCENDENCIA

Efrén Hernández. *Obras: poesía, novela, cuentos*. Nota preliminar de Alí Chumacero. Bibliografía de Efrén Hernández por Luis Mario Schneider. Colección "Letras mexicanas". Fondo de Cultura Económica, México, 1965, 430 pp.

Es cierto que la historia de la literatura no se hace exclusivamente con las obras de las grandes figuras. Han existido escritores de tono menor que con sus libros han aportado material suficiente para configurar y completar una época, una tendencia, un mito. Sin embargo, son muchos los riesgos

que se corren cuando se otorga desmedida importancia a una figura y a una obra poco trascendentes. Por otro lado, el tiempo viene a ser el indicador más sabio y más notable: una década o dos, a veces menos años, son suficientes para aclarar panoramas y criterios.